

LA VOZ EN BAGDAD El aumento de bajas por disparos ha desatado el miedo en la tropa

Militares de EE.UU. se resisten a la orden de patrullar Bagdad a pie

Quejas entre los militares por la decisión de Washington de ampliar tres meses su misión

David Beriain

ENVIADO ESPECIAL | BAGDAD

■ «Cambiar la actitud de la gente hacia nosotros nos puede llevar años. ¿Ves a esos niños ahí? Ellos nos adoran. Pues hasta que ellos crezcan. Al menos diez o quince años», dice el capitán Escobar, un tejano de ascendencia colombiana. Escobar comanda Pathfinder, uno de los puestos avanzados de combate en el barrio de Nuevo Bagdad. No es la zona más caliente de la capital, pero las bombas explotan regularmente y la policía iraquí encuentra casi todos los días cadáveres con un tiro en la nuca y signos de tortura, víctimas de la violencia sectaria. Hace un mes, el mercado del barrio voló por los aires y se llevó por delante la vida de 53 personas. Una de sus avenidas, conocida como Predator, es el lugar de todo Irak donde estallan más explosivos de alta potencia. Los utilizan las milicias chiítas y son capaces de penetrar el blindaje de un tanque. Estados Unidos sospecha que llegan de Irán.

Los puestos avanzados, como el Pathfinder, son el nuevo frente de guerra. El estratega del plan de Bush, general David Petraeus, confía en ellos para retomar el control de la ciudad. Sobre el despliegue que este «intelectual guerrero» tiene en Bagdad cuelga una piñaza con dos frases: «Pueden más los dólares que las balas» y «Sacá a tus soldados de sus bases o perderás la guerra en ellas». Escobar traduce: «Lo que estamos intentado es llevar a nuestros soldados a las calles, no sólo para matar insurgentes, sino también para dar seguridad, reconstruir la ciudad y ganarnos los corazones y las mentes de esta gente. Si no, no hay nada que hacer».

Sin embargo, el plan maestro de Bush está encontrando problemas inesperados. Los soldados no están dispuestos a abandonar sus blindados y patrullar a pie las calles para acercarse más a la población. Y algunos militares se están negando, en vista del aumento de las bajas. En los últimos días, la lista de caídos en combate ya no tenía tantos muertos por la explosión de bombas. Ahora son las bajas de los insurgentes las que los matan en combates a poca distancia. Un sargento de la primera división de Infantería que prefiere no dar su nombre nos confiesa que sus hombres se han llegado a rebarbar contra esas patrullas a pie. Él lo entiende: «Desde el punto de vista estratégico pude que tengas sentido. Pero no son estos generales los que van a tener los cuerpos de estos chicos en una bolsa de plástico», dice.

Se propaga el desánimo

La falta de seguridad en la estrategia impulsada por Washington y las escasas esperanzas de un rápido final del conflicto están provocando que el desánimo se extienda entre la tropa. La última decisión del alto mando para prorrogar la estancia de los soldados durante otros tres meses no ha hecho más que empeorar las

aeros. «Escríba bien esto en su periódico —exige el sargento Smith—; lo de alargarnos la misión aquí nos ha tocado las narices. Vamos a tener que pasar otra Navidad sin nuestras familias y, encima, nos enteraremos de que el Pentágono y el Gobierno iraquí no paran de aventurarse en estos días cifras e informes que hablan del descenso de los ataques y de las muertes de civiles en Bagdad. Pero la supuesta

mejoría se viene abajo cuando se ve que el número de muertos en todo el país no hace sino mantenerse, o aumentar. La insurgencia cumple con la ley de toda guerra de guerrillas: irse a luchar a otra parte cuando vea que su enemigo más poderoso se despliega delante de ti. Las provincias que rodean Bagdad ya han notado un aumento de la violencia.

En la capital, la mayoría de los militares dudan de que el compromiso de Estados Unidos en Irak vaya a durar hasta que los niños que saludan a Escobar sean mayores. Incluso el jefe del capitán, el teniente coronel Ralph L. Kauzlarich, que comanda el batallón que se ocupa de esta parte de Bagdad, también comparte esa opinión. «Llevará años. Además tenemos que conseguir que el Gobierno iraquí se implique en la tarea y ayude a esta gente, porque no lo está haciendo», dice.

Las barricadas hacen intransitables las calles de la capital, tomada por las milicias

■ A Bagdad ya sólo le quedan unas pocas calles por las que poder circular. El resto están cerradas, se han escondido detrás de unos muros con los que los iraquíes se protegen de la carneficidria que suponen los coches bomba. Por eso, los conductores que se aventuran por las calles quedan atrapados en atascos monumentales. La ciudad entera es una enorme barricada. Claro que hay barricadas y barricadas. Las avenidas de los puentecitos se esconden detrás de muros

altos de cemento, compactos, por los que no pasa ni una mosca. El resto se conforma con amontonar tierra en las bocacalles o poner una barrera de hierro agarraza con alambres y soñar con que eso detenga a los suicidas.

Así aquí, en estas calles donde las fachadas de las casas muestran las huellas de los disparos y la basura lo puebla todo, donde Bush ha decidido dar su última batalla en Irak. Su nuevo plan de seguridad, que incluye el despliegue de 21.500

nuevos soldados, es en realidad una lucha por hacerse con el control de la ciudad, ahora en manos de las milicias chiítas o suníes, enfarricadas en una lucha fratricida. Quiere irse en el 2008 dejando al menos como legado un Bagdad pacificado. Y eso significa no sólo limpiarla de insurgentes, sino también reconstruirla y, sobre todo, recuperar la confianza de una población atrapada en el epicentro de la guerra civil. Bush quiere sacar a los iraquíes de sus barricadas.

En la habitación al lado



Soldados de la primera división de infantería en el nuevo puesto de combate de Nuevo Bagdad

de este hospital de Shindand hay una mujer mayor, con un solo diente y que sorprende con una paja, y que está rodeada de gasas empapadas en sangre. Se llama Sabra. Una bomba la hirió en una pierna. «Hemos recibido nueve heridos. De ellos, tres eran mujeres y cuatro niños. A los muertos ya los han enterrado. Yo sé que el número exacto, pero han sido decenas. Hay muchos niños y mujeres», responde. Todos coinciden: no había talibanes.

En la habitación al lado

LA VOZ EN AFGANISTÁN Shindand, el escenario de los bombardeos

«Con los españoles no hay problemas, con los de EE.UU., hasta la última bala»

Zerku Shindand vivió los peores combates que ha habido en la zona española de Afganistán: casas bombardeadas, mujeres y niños heridos, y civiles muertos

David Beriain

ENVIADO ESPECIAL

ZERKU SHINDAND

■ Jamal Zeid no se atrevía a salir de su casa el domingo. Fueron, el ruido de los disparos y el estallido de las bombas era continuo. Los norteamericanos llevaban varias horas atacando su aldea de Parmaán en medio de lo que ellos llamaron una ofensiva contra los talibanes en el sur de la zona de responsabilidad española. Estaba aterrado. En un momento de la noche, un avión de EE.UU. lanzó una bengala y él creyó que era la señal para abandonar sus casas y los civiles pudieran huir. Salió corriendo. El avión dejó caer una bomba y Jamal se perdió.

«La metralleta me entró por el pecho. Mi dolor, pero miré hacia atrás. Mis dos hermanos más pequeños estaban muertos. También mi madre. Y mi esposa. Toda mi familia. Salí corriendo, no volví a por ellos. Me han dicho que unos parientes los enterraron ayer», cuenta como quien relata la lista de la compra. Ni se queja de sus heridas, ni de su desgracia. Está más allá del dolor. Sólo vuelve a ser persona cuando le preguntamos si es cierto lo que dicen los norteamericanos, que los 130 afganos que mataron eran talibanes. «No señor. Allí solo había gente normal. Algunos se defendieron. Yo ni siquiera eso».

En la habitación al lado



Jamal Zeid resultó herido en un ataque estadounidense en el que perdió a toda su familia

hay una mujer mayor, con un solo diente y que sorprende con una paja, y que está rodeada de gasas empapadas en sangre. Se llama Sabra. Una bomba la hirió en una pierna. «Hemos recibido nueve heridos. De ellos, tres eran mujeres y cuatro niños. A los muertos ya los han enterrado. Yo sé que el número exacto, pero han sido decenas. Hay muchos niños y mujeres», responde. Todos coinciden: no había talibanes.

Cruzando el río

Seguimos camino porque queremos llegar al valle de Zerkhu, al escenario de la ofensiva y de los bombardeos. Queremos comprobar lo que afirma el parte de guerra norteamericano o si los 130 muertos del fin de semana se suman a eso que llaman «da-

ños colaterales».

Dejamos a la izquierda el río que

dicen que su responsabilidad está más al norte. Los italiana nos llamaron después del ataque y me dijeron que les pidieron a los norteamericanos que se detuvieran, que estaban cometiendo un error. Pero ellos no hicieron caso porque se creen dioses. Nosotros lo único que hicimos fue defendernos. Aquí no hay talibanes», dice.

Tenemos una cita con Ayi Nasrullah Khan, el líder de la zona, sucesor de su hermano asesinado en octubre, Amannullah. Se acuerda de la visita que le hicimos en el 2005.

«Usted ya nos vio entonces. Apoyábamos al Gobierno y dimos un montón de nuestros militiamos a la policía. ¿Cómo nos llaman talibanes ahora? Yo hablo muy a menudo con los soldados italianos y con los españoles, a veces, aunque vienen menos porque

dicen que su responsabilidad está más al norte. Los italiana nos llamaron después del ataque y me dijeron que les pidieron a los norteamericanos que se detuvieran, que estaban cometiendo un error. Pero ellos no hicieron caso porque se creen dioses. Nosotros lo único que hicimos fue defendernos. Aquí no hay talibanes», dice.

Ayi nos muestra su casa bombardada. Y la de al lado. El dueño de estos escombros apunta: «Mis dos hijos han desaparecido ahí debajo. Puede que los estemos pisando», comenta.

Ayi concluye: «Los españoles y los italianos son bienvenidos. No tenemos problemas con ellos. Pero si los norteamericanos vuelven a atacarnos, lucharemos hasta la última bala», contesta.

Karzai califica de inaceptable la muerte de civiles en operaciones de la OTAN

EFE | KABUL
■ El presidente afgano, Hamid Karzai, calificó ayer de inaceptables las bajas civiles en los últimos bombardeos de las tropas de la OTAN, que sólo en la provincia de Herat han causado la muerte de más de 40 personas, incluidas mujeres y niños, informó una fuente oficial.

«Desafortunadamente, la cooperación y coordinación que hemos intentado no ha dado el resultado que queríamos», dijo Karzai. «Ya no podemos aceptar por más tiempo las bajas de civiles tal y como suceden. Se está volviendo una pesada carga para nosotros, y ya no es comprensible», añadió.

Las tropas de la OTAN se habían atribuido el domingo y el lunes la muerte de más de 130 talibanes en dos operaciones, pero no hablaron de civiles.

En Shindand, en Herat, donde está parte del contingente español, fueron destruidas más de 100 casas y unas 1.600 personas huyeron de la zona.

«Lamentamos la muerte o las heridas de un soldado de las tropas internacionales. Nos duele. Pero los afganos también somos seres humanos. Queremos seguridad para nuestra gente durante las operaciones», aseguró el presidente afgano, Hamid Karzai, después de un encuentro con oficiales de la OTAN.

Bush se reúne con los demócratas tras su voto a la ley para financiar la guerra de Irak

Oscar Santamaría

CORRESPONSAL | NUEVA YORK

■ Poco horas después de que George W. Bush vetara la ley sobre financiación para la guerra por incluir un calendario para la retirada de las tropas estadounidenses de Irak, el Congreso comenzó a trabajar para redactar una nueva propuesta. Legisladores demócratas y republicanos se reunieron ayer con el presidente para analizar cómo salir de este atolladero y dar la luz verde a los 124.000 millones de dólares que están en juego y que deben llegar a los soldados lo antes posible.

No obstante, la opción más viable es que no incluyan de nuevo un calendario preciso para la retirada de las tropas. Si es posible que condicionen la entrega de los fondos e incluso la presencia de las tropas en el frente a que el Gobierno iraquí cumpla ciertos objetivos, como avanzar en el entrenamiento de sus fuerzas de seguridad o en el desarrollo de las milicias.

Dentro de los demócratas, las posiciones están divididas. Los más liberales siguen empeñados en incluir alguna referencia directa a la reducción de los efectivos en el país árabe, para lo que deberían buscar los votos que les faltan.

«El presidente quiere un cheque en blanco y el Congreso no se lo va a dar», dijo la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi. Y aunque señaló

que los demócratas van a tratar de aprobar la ley para tener lista la nueva ley a tiempo, «ahora mismo nuestras posturas están bastante alejadas», dijo.



J. SCOTT APPLEWHITE
HACE CUATRO AÑOS. George W. Bush, en el portaviones «Abraham Lincoln», donde dijo que los peores ataques en Irak habían terminado.

que los demócratas están en el tejado con Bush para tener lista la nueva ley a tiempo. «Ahora mismo nuestras posturas están bastante alejadas», dijo.

El líder demócrata en el Senado, Harry Reid, indicó que las negociaciones «podrán llevar algún tiempo».

CONVOCADAS 71 plazas
Ingreso por Turno Libre
Preparación compatible con Auxiliares de Xunta

Auxiliares Administrativos Universidad de A Coruña

Exponentes resultados en convocatorias anteriores
Convocatoria 2007
Nº de plazas=53
Aprobados Cefisia = 40
Del total de plazas 75%

- Clases presenciales
- Preparación por Internet y a Distancia
- Textos actualizados
Cefisia
GRUPO ADAMS
1957 - 2007

Turno libre	plazas	Promoción interna	plazas
Superior de Administración (grupo A)	27	Grupo B al A	28
Administrativo (grupo C)	39	Grupo C al B	19
Técnico Auxiliar de Informática (grupo C)	33	Grupo D al C	131
Auxiliar (grupo D)	103	Grupo E al D	120
Subalterno (grupo E)	205		

INSTANCIA EL 30 DE ABRIL

902 238 053

A CORUÑA: Callejón, 7 • 981 153 234 • FERROL: Carril, 50 • 981 329 414 • SANTIAGO: Escuadrilla Camilo Díaz, 17 • 981 94 04 94
GURENSE: Peña Treviza, 24 • 988 238 053 • VIGO: Alcalde Gregorio Espino, 52 • 986 377 062

www.cefisia.com

El coronel gallego que mandó la Brilat califica la misión de «muy positiva»

L. P. | PONTEVEDRA
■ El coronel Rafael Rodríguez Fernández, el militar coruñés que dirigió a las tropas de la Brilat en Afganistán, valoró ayer esta misión como «muy positiva». Lo único, lamentar la baja de la soldado Idoia Rodríguez Buján. En fin, es una cosa que fue inevitable. El mando realizó estas declaraciones en el transcurso de una visita al alcalde pontevedrés, Miguel Anxo Fernández Lores, para agradecerle la colaboración del ayuntamiento a la hora de dotar a un colegio de Sange Kern con un centenar de pupitres y sillas, cuando los niños estaban antes «sentados en el suelo».

El militar reconoció que la muerte de la soldado gallega se afrontó «con mucha emoción, con dolor y desde luego viendo como todos nuestros aliados se unen a nosotros. Se hizo un acto muy entrañable, muy emotivo que hay que recordar durante mucho tiempo». Y se deshizo en halagos hacia la fallecida: «Idoia además de ser una buena soldado, desde joven, como explicó su padre, le gustaba la profesión militar, y nosotros siempre la tendremos en nuestro recuerdo».

Rice conversó con su homólogo sirio en el foro sobre Irak, país al que se le perdonó parte de su deuda

Javier Otazu
SHARM EL SHEJ

■ La cumbre internacional para la reconstrucción de Irak se celebró ayer en la ciudad egipcia de Sharm el Sheij, pero lo más interesante fue la actividad diplomática en los pasillos. En el foro se decidió la condonación de 30.000 millones de dólares de deuda de los 140.000 millones que penden sobre el Gobierno de Nuri al Maliki.

Además de la reunión de Condoleezza Rice con su colega siria, la de las jefes de las diplomacias británica e iraní centraron el verdadero interés. La foto más esperada, la de Rice con el iraní Manuchir Motaki, aún no se ha producido, aunque si se dieron los buenos días.

La secretaria de Estado de EE UU, le pidió al sirio Walid al Muallem «mayor cooperación para la seguridad en Irak», en supuesta referencia a la infiltración de terroristas desde su territorio. En contrapartida, éste le pidió «mejorar las relaciones bilaterales». El encuentro de la británica Margaret Becket con su colega iraní sucedió a la grave crisis por la retención durante dos semanas de quince soldados británicos.

LA VOZ EN AFGANISTÁN | La matanza en el valle del Zerkhu

Cara a cara con el afgano que EE. UU. quiso cazar en Shindand

La plana mayor de los milicianos de esta zona no da crédito a los ataques que sufren de los norteamericanos, cuando hace cinco meses se reunían con ellos con frecuencia

David Berian

ENV. ESP. | ZERKHU SHINDAND

■ Para cazar al hombre que ahora tenemos delante, las fuerzas norteamericanas lanzaron una operación que acabó con la vida de 130 afganos, una buena parte de ellos mujeres y niños. Akhtar Mohamed sigue libre. Entró con su fusil y su canana llena de cargadores en la casa a la que sus militares nos han llevado para la entrevista. Todo el mundo se levanta para saludarlo. En una mano lleva un teléfono vía satélite que coloca cerca de la ventana para que tenga cobertura. Nunca lo pierde de vista. Viste el tradicional shalwar kameez (camisón largo y pantalones anchos), luce una barba negra poblada y esconde su calvicie bajo un grueso turbante al estilo pashtún. Tiene orejas de soplillo. En la muñeca, un reloj fino de oro. Se sienta en el suelo junto a nosotros.

A su lado está Ayi Nasrullah Khan, el líder espiritual de la zona, y enfrente un joven barbilampiño y armado que resulta ser el comandante Nangayal Khan. Los tres son la plana mayor del valle de Zerkhu, los herederos del asesinado Amanullah Khan, el que fuera señor de la guerra de este lugar al sur de la zona de responsabilidad española.

EE. UU. | D. B.

■ Estados Unidos bombardeó estos pueblos en su intento de cazar a Akhtar, nos preguntaron a difundir rumores y a llamarlos talibanes. ¿Cómo puede ser eso?», dice.

Desde entonces los norteamericanos han entrado cuatro veces en su casa sin hallar

desaprovechar el trabajo suizo que podían hacer estos «guerreros santos». «Entonces nos dieron hasta misiles Stinger para poder derribar los helicópteros y aviones de los rusos», cuenta.

Pero no hay que volver tan lejos en el tiempo para escuchar en sus relaciones con los norteamericanos. «Yo he tenido reuniones con ellos hasta hace cinco meses para tratar la situación, como las he tenido con los españoles y con los italianos. Colaboramos con el Gobierno como hemos podido. Y luego empezaron a difundir rumores y a llamarlos talibanes. ¿Cómo puede ser eso?», dice.

Desde entonces los norteamericanos han entrado cuatro veces en su casa sin hallar

que la de un buen número de vecinos a los que hemos en-

nada. «Para un afgano, el que entra en su casa sin su permiso es lo peor que se le puede hacer», comenta.

El último asalto de los estadounidenses ocurrió el miércoles. Llegaron a casa de Akhtar, pero no lo encontraron. Detuvieron a dos personas, una de ellas con su mismo nombre.

«No son humanos»

■ «En la hora en la que solamente trabajan en nuestros cultivos de opio. Había dos ancianos fuera de la casa. Los norteamericanos creyeron que uno era yo y dispararon. Los mataron a los dos. Estaban desarmados», dice.

Su versión coincide con la de un buen número de vecinos a los que hemos en-

trevistado. Cuando oyeron los disparos, muchos salieron de sus casas y se enfrentaron a los norteamericanos. Mataron a uno. La escena se volvió a repetir el fin de semana. Los soldados intentaron cazar otra vez a Akhtar, pero la gente los recibió a tiro limpio. Resultado: varias casas habían sido arrasadas y 130 personas habían muerto. «Los norteamericanos no son humanos. Si vuelven, hasta las mujeres lucharán contra ellos».

Esta situación recuerda demasiado a la que vivieron las tropas españolas en Irak. Allí controlaban Nayaf como ahora controlan Shindand. Los norteamericanos apresaron a un clérigo sin consultarlos con los mandos españoles, de la misma manera unilateral con la que parecen haber atacado aquí. Poco horas después los españoles se vieron rechazando un asalto contra su base sin saber el motivo del enfado de la gente. Se lo contamos a Akhtar, que asiente y sonríe. «Pueden ustedes estar tranquilos. Aquí la gente sabe muy bien quién es quién. La diferencia es clara. Cuando los niños van llegar a los españoles e italianos salen a saludarlos. Cuando ven a los norteamericanos, salen corriendo».

Cerca de allí se siente el olor inconfundible de los terroristas chechenos, árabes y paquistaníes», bromea Ayi al ver a Akhtar. Todos se ríen. Esa es, al parecer, la razón que esgrimen los norteamericanos para intentar detenerlo. Lo acusan de liderar a un grupo de extranjeros vinculados a los talibanes. Akhtar también se ríe. «Tienen ustedes mi permiso para entrar en cuantas casas de Zerkhu quieran. Si encuentran a uno solo de esos extranjeros, pueden hacer como yo y con ellos lo que quieran», dice.

Akhitar nos cuenta su versión de los hechos, remontándose hasta la guerra contra los soviéticos, cuando los mullahínes afganos con los héroes de unos Estados Unidos demasiado ocupados en ganar la guerra fría como para



VERA COSMO

Unos afganos comprueban cómo han quedado sus casas tras el bombardeo en Shindand

La escuela que duró siete días

■ La escuela de Zerkhu sólo llevaba una semana funcionando. Era la orgullosa contribución del contingente italiano a la prosperidad de la zona. Un centro en el que estudiaban por la mañana 1.200 niños y por la tarde, 600 niñas. Matemáticas, biología, inglés, díri (persa), pastún y por supuesto el Corán. Siete días después los aviones y tropas de EE. UU. lo llenaron de agujeros con bombas y balas.

El lugar es una auténtica zona de guerra, con sus cristales rotos que crujen en el suelo, sus es-

cimbros repartidos por todas partes. Agujeros de metralla en la pared, lábres tirados o quemados, sillas despedazadas y una pizarra agujereada por los proyectiles.

Cerca de allí se siente el olor inconfundible de la vida descomponiéndose. Una casa arrasada y dos niños desaparecidos. El crater de 5 metros de una bomba norteamericana. Al fondo, agua mezclada con sangre. Un vecino se acerca. «CÓmo no va a luchar este país contra los norteamericanos con lo que nos hacen», comenta.

De repente alguien entra en la casa y le dice algo. Se nota la tensión. El se levanta, coge su fusil, nos extiende la mano y se niega a que le tomemos fotos. «Me van a tener que disculpar, pero tengo que irme. Parece que los norteamericanos han vuelto».

Los vecinos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Algunos se quedan mirando a los norteamericanos con los ojos desorbitados. Una niña grita: «¡Vaya!». Los soldados responden: «¡Vaya!».

Un avión de reconocimiento alemán logró localizarlo en Helmand, el bastión de los insurgentes

Un ataque de EE.UU. mata al mulá Dadullah, líder de los talibanes

La Voz, testigo en Kandahar de la exhibición del cadáver del temido comandante rebelde

David Beriaín

ENVIADO ESPECIAL | KANDAHAR ■ El gobernador de Kandahar se parecía mucho ayer a Paul Bremner, el que fuera administrador de EE.UU. para Irak, cuando anunció la captura de Sadam Husein. Asadullah Khaled entró en la sala donde lo esperábamos apenas tres medios occidentales y unos cuantos periodistas locales sin poder ocultar su sonrisa. Nos había llamado a eso de las ocho y media de la mañana, prometiéndonos una noticia importante. Por el camino supimos que podía tratarse de la muerte del mulá Dadullah, el jefe militar de los talibanes. Khaled se hizo dejoz.

—¿Está el mulá Dadullah muerto? —preguntó uno de los periodistas.

—Deme usted un minuto.

Y al minuto otra vez la pregunta. Khaled, por fin, soltó su bomba.

—Sí. El famoso comandante talibán, el hombre brutal, el conocido asesino de Al Qaida mulá Dadullah murió en una operación conjunta basada en informaciones de inteligencia. Ustedes van a ver su cadáver.

Ver para creer

Lo de poder ver el cuerpo tenía su miga, porque en dos ocasiones anteriores el Gobierno afgano había asegurado que había conseguido matar a Dadullah y las dos ocasiones resultaron ser mentira, para regocijo de los portavoces talibanes. Por eso ayer, hacia las nueve y media de la mañana, nos condujeron al patio exterior de la gobernación, donde habían colocado una camilla tapada con una sábana blanca. Al fondo estaban los pedazos de hielo en los que los habían conservado el cadáver en su viaje desde la provincia de Helmand, donde había caído muerto. Junto al hielo, la mortaja con sangre. Un funcionario del gobierno provincial se acercó a la camilla y desató el cadáver.

Apareció entonces el cuerpo ensangrentado de un hombre barbudo, de unos 50 años y cojo, con heridas de metralla en la cara, en la espalda, en el pecho y con la mano izquierda destrozada. Según dijeron, también tenía un disparo en la nuca. Era



VERA COSMO
El cuerpo del talibán abatido fue mostrado en la casa del gobernador de Kandahar

él, el mulá Dadullah, el hombre que sucedió al mulá Omar —escondido en algún punto entre Pakistán y Afganistán— en la dirección de las operaciones insurgentes. El temido decapitador de rehenes, el cerebro de la insurgencia, el de la legión de suicidas a su disposición, el secuestrador del periodista italiano Daniele Mastrogiovanni y el ejecutor de su traductor y su chófer. No cabía ninguna duda, a pesar de que por teléfono, en un aparte, los portavoces talibanes seguían clamando que aquello era otra mentira más del Gobierno.

Tendido en la camilla, cubierto de sangre, guardaba un ex-

trafío parecido con Abu Musab al Zarqawi, el que fuera líder de Al Qaida en Irak y al que EE.UU. mató en un bombardeo.

El gobernador, en su regocio, no quiso dar muchos detalles sobre la operación que había acabado con la vida de tan preciada presa. Tampoco lo hizo la OTAN. Pronto supimos por qué. Interesaba darle una cara afgana a la operación, dejar entrever que habían sido las fuerzas afganas las que lo habían matado. Pero no había ocurrido así. Fuentes próximas al Gobierno afgano reconocieron a La Voz que fue una operación conjunta de la coalición liderada por EE.UU. con

apoyo de la OTAN. Según estas fuentes, el enfrentamiento que acabó con la vida de Dadullah duró dos días y tuvo lugar en Nari Sarach, en la provincia de Helmand. Lo localizó un avión alemán de reconocimiento, que avisó a los norteamericanos. EE.UU. envió sus cazas y fue una de sus bombas la que mató a Dadullah.

Aquí, en Kandahar, en el bastión de los talibanes, hubo algunas muestras discretas de alegría. Sus protagonistas ahogaron su júbilo porque aquél quién más querían, aprieta lo dientes en espera de la respuesta de los insurgentes a tamaña afrenta.

La UE aprueba hoy la misión para formar policías en la que participan expertos españoles

EFE | BRUSELAS ■ Los ministros de Defensa de la Unión Europea (UE) darán hoy su aprobación final a la misión civil de formación de la policía en Afganistán, que será lanzada a mediados de junio, según fuentes de la UE.

El Consejo de Ministros anunciará también el nombramiento del alemán Friedrich Eicheler al frente de la misión, que contará con 160 expertos europeos —entre ellos una docena de guardias civiles y policías españoles— repartidos entre Kabul y las Unidades de Reconstrucción Provincial de las fuerzas internacionales en el país.

El objetivo es formar a 60.000 policías afganas —en la actualidad hay unos 17.000— para que Afganistán sea dueño de su propia seguridad.

La iniciativa, que se adopta a petición de la OTAN, se añade a los esfuerzos de la comunidad internacional por preparar al Ejército afgano, en una estrategia de salida a largo plazo de Afganistán, donde la OTAN tiene destinados a unos 37.000 soldados en una operación bajo mandato de la ONU cuyo fin es garantizar la seguridad y la estabilidad para permitir la reconstrucción del país.

La coordinación con la OTAN en Afganistán y en Kosovo centrará el almuñón de trabajo que celebrarán los ministros con el secretario general aliado, Jaap de Hoop Scheffer.

«No conseguiréis que nadie opine sobre la mezquita. La gente tiene miedo. A hablar contra el Gobierno y que el Gobierno se venga. A hablar contra los talibanes y que los talibanes se venguen. La gente quiere saber quién va a ganar esta guerra antes

LA VOZ EN AFGANISTÁN | La sombra de los talibanes

En la mezquita del mulá Omar

La gran obra todavía inacabada vigila la ciudad de Kandahar como un fantasma. Aquí nadie tiene muy claro que los integristas islámicos no vayan a volver

David Beriaín

ENVIADO ESPECIAL | KANDAHAR

■ Es poco más que unos cimientos de hormigón con los hilos de acero al descubierto y algunos arcos de cemento esbozados al estilo islámico. El techo se sostiene con decenas de maderos retorcidos que hacen las veces de puentes. En cualquier otro lugar del mundo sería un simple edificio cuya construcción se ha parado por problemas administrativos. Pero Kandahar no es cualquier lugar y este edificio es la mezquita que el mulá Omar, el líder espiritual de los talibanes, mandó construir para mayor gloria de Alá y de su movimiento.

Nos hemos acercado intentando no llamar la atención porque el lugar tiene fama de ser un nido de activistas talibanes. En una de las puertas hay tres tipos con turbante negro y largas barbas que se protegen del sol. Nos ven y se inquietan. Intentamos hablar con los tenderos del mercado que rodean las obras. Aladá Agha, un vendedor de pepinos que espuma agua sobre su mercancía para hacerla parecer más apetitosa, nos mira con cara de pocos amigos. Le preguntamos sobre la mezquita. No quiere hablar. Nadie quiere hablar.

«No conseguiréis que nadie opine sobre la mezquita. La gente tiene miedo. A hablar contra el Gobierno y que el Gobierno se venga. A hablar contra los talibanes y que los talibanes se venguen. La gente quiere saber quién va a ganar esta guerra antes



VERA COSMO
Gente paseando por el mercado de Kandahar, con la mezquita del mulá Omar al fondo

de elegir bando», nos cuenta después Abdul Basit Hamidi, un profesor de informática.

La mezquita es como un fantasma que vigila Kandahar, el recuerdo constante de los años de dominio talibán y la amenaza de un retorno que aquí ya nadie descarta. Es una presencia tan fuerte que el Gobierno no se atreve a tocarla. La construcción empezó en 1997 y está parada desde la caída del régimen. Ni siquiera ha tenido valor para retirar la grúa que se oíva a pie de obra.

«La gente quiere que se acabe de construir para poder ir a rezar», dice Abdul Ahsan. Aún en el estado de construcción en el que está, cientos de fieles acuden allí cada día. Tampoco nadie se atreve a cambiarle el nombre.

Seguimos el rastro del tuerco de la mezquita que fue su centro de poder antes de que escapara al cerco norteamericano en una motocicleta. Circulamos a través de unas calles en las que apenas se ve un puñado de mujeres, todas cubiertas con burkas.

Carretera de los suicidas

Llegamos a la avenida Draí Maidan, el trozo de carretera en el que más atentados suicidas han habido en todo Afganistán. Más de 80. Casi todos contra extranjeros o contra afganos que trabajaban para ellos. Younes, nuestro chófer, nos habla de los pros y los contras de los talibanes. «En general estoy mejor ahora, porque puedo escuchar música y afeitarme, pero echo de menos la seguridad que había con ellos. Podías llevar mucho dinero en la cartera sin ningún miedo», dice. Él nunca vio a Omar: «Nadie lo veía. No se mostraba en público».

Vamos a la casa que ocupó el mulá, un recinto que ahora alberga una base norteamericana. En el canal de agua cercano, unos niños combaten el calor. «Omar esquivó el lugar porque dejaba hoy una mina de oro. Los norteamericanos han venido a llevársela», dice muy serio. Parece una leyenda urbana, pero en Kandahar mucha gente la cree.

Una bomba detonada por control remoto hierió a dos soldados en Herat

■ El contingente español en Herat se volvió a llevar ayer un susto después de que sus compañeros de base y misión, los italianos, fueran objeto de un ataque ayer por la mañana. Sobre todo porque las primeras informaciones hablaban erróneamente de soldados españoles heridos.

Ocurrió poco después de las diez de la mañana. Según contó a La Voz la policía de Herat, una bomba detonada por control remoto hizo explosión al paso de un convoy italiano en la carretera que comunica la ciudad de Herat con el aeropuerto, donde está situada la base italianaespesa. La explosión se produjo cerca del puente Molan.

Los soldados italianos resultaron heridos leves. Apenas presentaban unos cortes en la nuca y en el cuello, por lo que fueron atendidos en el hospital español. Este ataque amenaza con desatar una tormenta política en Roma, donde la misión en Afganistán es muy controvertida.

La Voz se puso en contacto con Qari Yusuf Ahmadí, el portavoz de los talibanes, para saber si el ataque era obra insurgente. El talibán aseguró desde su teléfono satélite que no sabía nada al respecto y aprovechó para reivindicar un ataque en la provincia de Farah (también en la zona de actuación española) que habría matado a quince policías afganos.

Perfil | Mulá Dadullah Kakar

Carismático y sanguinario

ENVIADO ESPECIAL | KANDAHAR

■ Dice aquí en Kandahar que los talibanes les va costar represor de la pérdida del mulá Dadullah. Lo cierto es que los portavoces insurgentes sonaban ayer torpes al oír tanto del teléfono, empieñados en negar lo que ya era evidencia.

Al fin y al cabo habían perdido a su cerebro militar y a su comandante más temido, carismático y extremista. Al hombre que llegó a ofrecer

el Gobierno de Kandahar, cogió a mil sus prisioneros hazaras y los mató pasando con un camión por encima de ellos. Como la mayoría de los talibanes, Dadullah, que nació en la provincia de Oruzgán y pertenece a la tribu pastún de los kakar, se crió en una de las madrasas coránicas que abrarron los campos de refugiados afganos en Pakistán. Allí recibió su educación religiosa y allí fue maestro. Luchó con los mullahs contra los invasores soviéticos y fue conocido por su temeridad. Ni siquiera la pérdida de una pierna a finales de los ochenta lo detuvo en el campo de batalla.

Dadullah se sumó a los talibanes y llegó a ser uno de los diez integrantes de su consejo de dirección. Cuando EE.UU. lanzó la guerra para derribar a los talibanes, él se ocupó de la resistencia en la parte norte del país. Las tropas de la



REUTERS
Imagen de archivo del mulá Dadullah Kakar

Alianza del Norte consiguieron rodearlo, pero él pagó a los comandantes una fortuna para que lo dejaran huir. Escapó a Pakistán y en las áreas tribales de Waziristán reclutó nuevos milicianos. Y volvió a la lucha.

PAGO DE DEPÓSITOS PREVIOS

CP-3004 TRAVESSIA NA C.P. 3004 DE CABANAS A MARINETE PQ 0,3 A 1,40 (0511300011,0)
A Depósito Provincial da Concelha procedente a efectuar o pago dos Depósitos Previamente e indemnizações por rápidas ocupações de terras e danos causados a terrenos e propriedades privadas na freguesia de Cabanas, concelho de Viana do Castelo, distrito de Viana do Castelo.
LUGAR: Poldasco provincial (Sede de reuniões) PL 06
Data: 15/05/2007 Horário: 08:00 a 12:00

ACORDADA

	MÍ. EXPEDICIONES	MÍ. TÍTULOS	MÍ. EXPEDICIONES
27 BOZOLO FERNANDEZ M. LISIA	00,00 ALARMADO	34 JIMÉNEZ ANDRÉS A.J.R.	0,00 F. CASA
38 ROIZO GONZALO JULIO E. BERMIÑAN	16,00 ALARMADO	35 LAGE LOPEZ MARQUEZ JESÚS	0,00 F. CASA
39 GARCIA DE LA CRUZ M. RUBEN	00,00 ALARMADO	36 LAGE LOPEZ MARQUEZ JESÚS	0,00 F. CASA
40 CANO DE EZA MARIA RABALA	00,00 ALARMADO	37 UZUELA INGENIEROS S.L.	0,00 HORITA
42 CANO DE EZA MARIA RABALA	00,00 ALARMADO	38 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 F. CASA
44 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	39 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
45 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	40 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
46 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	41 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
47 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	42 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
48 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	43 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
49 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	44 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
50 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	45 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
51 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	46 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
52 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	47 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
53 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	48 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
54 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	49 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
55 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	50 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
56 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	51 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
57 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	52 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
58 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	53 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
59 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	54 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
60 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	55 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
61 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	56 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
62 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	57 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
63 GARCIA PARDILLO JOSÉ	00,00 MONTE 80,70	58 UZUELA INGENIEROS S.L.	11,00 HORITA
64 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	59 RIVERO LOZADA TERESA	0,00 F. CASA
65 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	60 RODRIGUEZ CANDELA PILAR E. ANTONIO	0,00 F. CASA
66 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	61 RODRIGUEZ CANDELA PILAR E. ANTONIO	0,00 F. CASA
67 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	62 BUÑEZ ROEDO ESTEBAN E. OTRA	0,00 F. CASA
68 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	63 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
69 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	64 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
70 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	65 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
71 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	66 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
72 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	67 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
73 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	68 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
74 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	69 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
75 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	70 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
76 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	71 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
77 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	72 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
78 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	73 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
79 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	74 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
80 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	75 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
81 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	76 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
82 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	77 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
83 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	78 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
84 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	79 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
85 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	80 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
86 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	81 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
87 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	82 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
88 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	83 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
89 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	84 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
90 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	85 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
91 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	86 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
92 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	87 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
93 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	88 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
94 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	89 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
95 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	90 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
96 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	91 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
97 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	92 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
98 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	93 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
99 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	94 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
100 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	95 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
101 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	96 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
102 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	97 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
103 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	98 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
104 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	99 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
105 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	100 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
106 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	101 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
107 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	102 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
108 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	103 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
109 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	104 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
110 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	105 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
111 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	106 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
112 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	107 VELARDO GOMEZ JESÚS RICOLDI	0,00 F. CASA
113 LLAMAS MORENO PILAR E. JUAN	00,00 PRADO	108 VEL	

Los rebeldes llevan sus ataques al norte del país y matan a tres soldados alemanes

D. B. / ENVIADO ESP. | KANDAHAR

■ Los talibanes ya no combaten sólo en el sur de Afganistán. Unos pocos días después de perder a su principal comandante, el mulá Dadullah, parecen empeñados en demostrar su capacidad operativa por todo el país. Ayer llevaron sus ataques hasta la provincia noroeste de Kunduz, en la frontera con Tayikistán, una zona que hasta ahora pasaba por ser una de las más tranquilas del país. Allí Alemania tiene 3.300 soldados. Tres de sus militares y seis civiles afganos murieron en un ataque suicida.

Es el peor atentado que han sufrido las tropas alemanas en los últimos cuatro años, después del que mató en Kabul a cuatro germanos en el 2003. El de ayer se produjo en el mercado de Kunduz. Los soldados acababan de descender de sus vehículos en una calle. El suicida, que llevaba la carga explosiva disimulada bajo el chaleco, se acercó a ellos y la detonó. Además de los nueve muertos, la explosión provocó heridas a tres militares más y a otros once afganos.

Los alemanes se habían mantenido hasta ahora bastante al margen de la ola de violencia. De hecho, otros países de la OTAN que tienen fuerzas desplegadas en el sur y que estaban sufriendo el acoso de los talibanes habían pedido a Berlín que enviara a sus hombres a las provincias más conflictivas. Los alemanes negaron, pero se ofrecieron a mandar aviones de reconocimiento. Fue uno de esos aviones el que, al parecer, localizó la semana pasada el escondite del mulá Dadullah.

Más de un centenar

No fue ni mucho menos el único episodio sangriento. Supuestos talibanes y miembros de la coalición se enfrentaron en varios puntos del país, con un saldo de unos 110 presuntos insurgentes muertos en las últimas 48 horas.

El mulá norteamericano comunicó ayer que había bombardeado posiciones talibanas en Kapisa y aseguró haber matado a decenas de insurgentes. El gobernador dejó ese número en veinte. Pocas horas antes, en la provincia oriental de Paktia, fuerzas afganas y de EEUU se enfrentaron a grupos rebeldes con un saldo de 60 muertos.

Los balances son muy difíciles de confirmar y tienen como única fuente el mundo norteamericano. Desde hace un mes, esas cifras están bajo sospecha. Diferentes medios, entre ellos La Voz, comprobaron cómo donde Washington decía «talibanes muertos», eran civiles.

LA VOZ EN AFGANISTÁN | Mujeres en el bastión talibán

Las cárceles del burka y del amor

La presión de los insurgentes y la tradición en el sur afgano condena a la mayoría de las jóvenes a una vida de matrimonios forzados, sin educación y sin atención sanitaria

David Berian

ENVIADO ESPECIAL | KANDAHAR

■ Gul Sha se pude en la cárcel por amor. Se enamoró del chico equivocado, aunque eso en Kandahar sólo quería decir que se enamoró de uno que no era el que su padre había elegido para ella. A sus 16 años no podía soportar la idea de casarse con alguien a quien ni siquiera conocía. Así que cogió a su novio de la mano y huyó. Su padre, furioso, los denunció por algo que en Afganistán se conoce como ofensa moral. La policía los detuvo como a criminales y ahora los dos están en la cárcel de Kandahar. Gul puede salir, pero no quiere porque ya no le queda nada. Su familia la repudia y no va a buscárla. Dice su padre que sólo le perdonará si su novio le paga 24.000 dólares o le da dos nuevas esposas.

«Como ella, en Kandahar hay muchas», dice Roma Tarin, la representante del Ministerio de la Mujer en Kandahar. Roma ocupa a sus 34 años uno de los puestos públicos más peligrosos de todo el país. A su antecesora, Ama Khan, los talibanes la acribillaron a balazos el pasado octubre.

Para los insurrectos y para los demás defensores de la ferrea tradición del sur del país, todo lo que suene a derechos para las mujeres resulta intolerable. Por eso los talibanes matan a sus líderes, queman las escuelas para niñas y decapitan a profesores. Por eso en la ciudad de Kandahar, en el que fuera el bastión del mulá Omar, las pocas mujeres que se atrevían a salir a la calle van cubiertas con sus burkas; en el Kandahar rural, resulta imposible verlas.

A Roma le llevó trece días convencer a su familia y a su marido para que le permitieran aceptar el puesto, pero al final lo consiguió. Y ahora se pasa la vida en la cárcel viéndose a jóvenes como Gul Sha o luchando por mejorar las condiciones de vida de las mujeres en una provincia donde apenas un 5% de ellas tiene trabajo y casi todas den tro de oenegés extranjeras.

No son sólo los talibanes los que amenazan la educación. También los bombarderos erráticos de las fuerzas extranjeras. Nos contaron el otro día la historia de un canadiense que había construido su escuela con el dinero internacional. Dos las habían quemado los insurgentes, dos las había bombardeado el mulá. Las dos últimas, destinadas a niñas, habían acabado convertidas en madrassas coránicas para niños.



FOTOS: VERA COSMO



Roma Tarin, junto al retrato de su antecesora asesinada

están muriendo. Entonces ya es demasiado tarde», dice.

Sin escuelas

«La situación para las mujeres mejoró mucho tras la caída de los talibanes, pero en el último año ha habido un gran retroceso por el deterioro de la seguridad. Si exceptuamos Kandahar capital, en el resto de la provincia no hay una sola escuela abierta para niñas. En total, sólo el 15% recibe educación», dice.

Mohamed Anuar, el director de Educación de la provincia, nos confirma las cifras de Roma en su despacho, donde está acompañado de un montón de barbijos que resultan ser sus representantes en los distritos. Habi Bullah, el responsable del conflictivo distrito de Panjwai, se molesta con nosotros. «Últimamente no hacen más que preguntar por las niñas. Como vamos a preocuparnos por ellas si todavía tenemos problemas con los niños», nos increpa.

Mohamed Anuar explica que en Afganistán la educación es un deber. «Pero aquí hay una guerra y unas tradiciones. No tenemos medios para obligar a nadie a llevar a sus hijas al colegio», dice. El problema es que sin educación las mujeres no acceden al trabajo. Sin trabajo no hay independencia. Y sin ella, lo que si hay es muchas Gul Sha pidiéndose en la cárcel. Por amor.

El acceso a la salud es igual de malo. Roma nos cuenta cómo en las últimas horas dos mujeres han muerto camino del hospital. «No es sólo por los talibanes. Las familias se resisten a llevarlas al hospital, porque no quieren que un hombre las toque. Así que aguantan hasta que ven que

«Voy a ser médico, no como mi amiga que se casó con 13 años y dejó la escuela»

■ Huda Yunissi mira al techo e intenta recordar la respuesta para su examen de dari, la lengua mayoritaria en Afganistán. Tiene 13 años y es la tercera de esta clase de sexto grado en el colegio femenino Zergohna de Kandahar, el mejor de toda la provincia y uno de los pocos donde pueden estudiar las niñas. «Saco buenas notas», dice orgullosa.

En realidad, Huda debería estar dos cursos más adelantada, pero la llegada de los talibanes al poder interrumpió su educación durante dos años. Ahora, la posibilidad de su regreso y sus ataques a las escuelas han ahuyentado a varias de sus compañeras de clase. El aula de Huda tenía 40 alumnas. Ahora, sólo 22.

Huda no piensa dejar la clase bajo ningún concepto, ni por los talibanes ni por esa costumbre de casar a las niñas cuando tienen poco más de diez años. «Quiero ser médica, no como mi amiga que se casó con 13 años, dejó la escuela y arriñó su vida. Ahora ya ni siquiera me dejan verla. Sólo llamarla por teléfono», comenta.

CRÓNICA | DIARIOS DE GUERRA DE NUESTRO ENVIADO ESPECIAL



UNA CIUDAD PARECIDA AL INFIERNO. La impresión es desoladora desde el inicio. Basura en las calles, agujeros de bombas en la carretera, fachadas agujereadas a balazos, casas quemadas, un edificio bombardeado que se sostiene de unos hilos de acero y amenaza con derrumbarse en cualquier momento, puentes enrejados para evitar los ataques con cohetes y con morteros.

Aterrizaje en el cráter de Bagdad

Los Domingos de La Voz comienza a publicar los diarios de guerra de nuestro enviado especial a los conflictos de Irak y Afganistán, el día a día de sus casi dos meses de las dos guerras que están marcando el devenir del planeta

DAVID BERIAN | TEXTO

■ El Hércules norteamericano empieza a descender sobre Bagdad casi en picado.

Hay que evitar los cohetes y los misiles.

Han sido dos horas de vuelo entre la base norteamericana Al Ali en Kuwait y la capital iraquí.

Vamos sentados como sardinas en la, entre cajas

de municiones y montones de

raciones de combate. Provisio-

nnes y soldados para alimentar la

guerra. Unos cuantos contratistas

de fábricas de la Hillbush y dos

periodistas: Sergio y yo. El fusil

del militar que está sentado enfrente

de mí se me clava en la espalda,

nuestras rodillas se chocan. Nos

ajustamos el chaleco antibalas

y el barboquejo del casco.

Tensión. Caras de expectación

entre los novatos, caras de cir-

cunstancias entre los que saben

qué les espera. Los mires. Es de

noche. La única luz es una bom-

billa roja. Pareciera que estemos a

punto de saltar en paracaidas sobre

las líneas enemigas. Ami lado está

un marinero que vuelve a Irak para

su sexta misión en menos de cuatro

años. «Ya casi no sé dónde estoy

caso», dice.

El piloto no se molesta en hacer

un aterrizaje suave. Se lanza sobre la pista y el impacto de las ruedas contra el suelo es demasiado para estos bancos de loneta donde estamos sentados y no digamos para nuestros tráseros.

Nadie dice nada. El avión se para y la puerta de atrás se abre. Cuando una elevadora se lleva la carga los soldados salen en tropel, casi pa-

sándose por encima. Me pongo en fila con las dos mochilas que traigo para este viaje de dos meses a Irak y a Afganistán. Pasan. La de la ropa no tanto, la del material para trabajar y transmitir las crónicas, con todos sus cables y sus conexiones, bastante. Todo. Se suma a los 15 kilos que pesa el chaleco antibalas y a los dos del casco de Kevlar. Sudo a chorros. La fila baja del avión y pisamos Bagdad.

CAMINO DE LA ZONA VERDE

Llegar a BIAP, al aeropuerto

internacional de Bagdad (a los

militares norteamericanos les

encantan las siglas), es como

llegar a ninguna parte.

Me quedo medio dormido,

pero me despierta una

luz que sale

despedida del aparato. Son

bengalas

corren un taxista te puede soplar

tranquilamente 1.000 euros. El

camino es peligroso y antes lo

era más. La llaman la carretera

lanzachetes porque la insurgencia

sólo prepara emboscadas escon-

dida en los palmerales que jalona

el asfalto

El camino es peligroso y antes lo

era más. La llaman la

carretera

lanzachetes porque la

insurgencia sólo prepara emboscadas escondida en los palmerales que jalona el asfalto

y el casco, las dos mochilas y co-

rremos todo lo que podemos hacia el Blackhawk, no aya a ser que se nos adelante alguien.

El helicóptero despegó, se inclina y nosotros tememos que alargar las manos para que las mochilas no se nos caigan al vacío, porque

este es un vuelo de pueras abier-

tas, con un tirador a cada lado con la ametralladora amarrillada para disparar. Sobrevolamos Bagdad, que casi no tiene luces por la falta de electricidad. Me quedo medio dormido, pero me despertó una luz que sale despedida del aparato. Son bengalas antiamisiles, algo ha debido de activarlas.

Solución: arrasaron las palme-

ras. Pero es de noche y nosotros

no planeamos pagar 1.000 dólares a nadie.

Tenemos que llegar a la zona ver-

de, la ciudad amurallada que Estados Unidos ha construido dentro de Bagdad. Allí es donde los perio-

distas deben ir para acreditarse y

que, como nosotros, van a estar empotrados

en unidades de combate nortea-

mericanas esperar a que se les asigne

destino. Recorro las tiendas (si

son tiendas de campaña gigantes,

no hay instalaciones) en busca de

un transporte militar que nos lleve

hasta allí, un helicóptero a poder

ser. La cosa pinta a mal, hay muchos

soldados esperando, tirados en el

suelo, durmiendo con su fusil al

lado y utilizando su petate como

almohada. Cuando parece que va-

mos a pasar la noche tirados igual

que ellos algunos nos llama a gritos.

Hay dos sitios en un helicóptero. Nos volvemos a poner los chalecos

y el casco, las dos mochilas y co-

rremos todo lo que podemos hacia el Blackhawk, no aya a ser que se nos adelante alguien.

El helicóptero despegó, se inclina y nosotros tememos que alargar las manos para que las mochilas no se nos caigan al vacío, porque

este es un vuelo de pueras abier-

tas, con un tirador a cada lado con la ametralladora amarrillada para disparar. Sobrevolamos Bagdad, que casi no tiene luces por la falta de electricidad. Me quedo medio dormido, pero me despertó una luz que sale despedida del aparato. Son bengalas antiamisiles, algo ha debido de activarlas.

Solución: arrasaron las palme-

ras. Pero es de noche y nosotros

no planeamos pagar 1.000 dólares a nadie.

Tenemos que llegar a la zona ver-

de, la ciudad amurallada que Estados Unidos ha construido dentro de Bagdad. Allí es donde los perio-

distas deben ir para acreditarse y

que, como nosotros, van a estar empotrados

en unidades de combate nortea-

mericanas esperar a que se les asigne

destino. Recorro las tiendas (si

son tiendas de campaña gigantes,

no hay instalaciones) en busca de

un transporte militar que nos lleve

hasta allí, un helicóptero a poder

ser. La cosa pinta a mal, hay muchos

soldados esperando, tirados en el

suelo, durmiendo con su fusil al

lado y utilizando su petate como

almohada. Cuando parece que va-

mos a pasar la noche tirados igual

que ellos algunos nos llama a gritos.

Hay dos sitios en un helicóptero. Nos volvemos a poner los chalecos

DIARIOS DE GUERRA | DESDE BAGDAD

No importa cómo mueras

Tras aterrizar en Bagdad y acreditarse como periodista, nuestro enviado especial es trasladado al frente de la batalla por el control de la ciudad. Allí, en un puesto avanzado de combate, comparte privaciones y riesgos con los soldados de Estados Unidos. Come, duerme y charla con ellos. Uno de los primeros que conoce muere a las pocas horas

DAVID BERIAIN | TEXTO
VERA COSMO | FOTO

Lo llaman puesto avanzado de combate, pero esto en realidad no es más que una fábrica de espagueti quemada y una vivienda saqueada. Paredes ennegrecidas y algunos escombros. Las huellas de la guerra civil iraquí: el barrio es chií, el propietario era suní, demasiada afrenta para los días de odio que corren en Bagdad. No hay electricidad, ni agua, ni aseos. Nada. Este es el lugar elegido como base por el Ejército de EE.UU. para pelear por el control de este barrio del sureste de la capital.

Nos acomodan en el suelo. El soldado Kid, uno de los zapadores que está acondicionando el lugar, llega cargado con las piezas para montar un camastro reglamentario de loneta. No es muy cómodo, pero mejor que pasar la noche sobre el cemento ennegrecido. La habitación no tiene más de 15 metros cuadrados, allí nos metemos diez soldados y dos periodistas. Para comer, raciones de campaña que se calientan con una reacción química. Es difícil saber lo que se está comiendo en el cuerpo. Preparados vitamínicos, concentrados y comida a la que hay que echar tabaco para que no sea a plástico. La otra opción son unos botes de chile con carne que podrían pasar por comida para perros. El baño son dos bidones recortados al fondo del patio. Uno para orinar, otro para cagar. Un soldado quema los excrementos con fuel todas las mañanas, como el que salía del Prestige.

Entra en la habitación una negra que no levanta metro y medio del suelo vestida con sus ropas de combate. Cuando extiende su fusil M-16 por debajo del hombro casi le toca el suelo. En la cara lleva unas gafas doradas que le quedan demasiado grandes. Los



LLANTO POR UN CAMARADA CAÍDO. Los zapadores del 1169 de Ingenieros lloran la muerte de Jason Beadles, que falleció electrocutado mientras intentaba poner electricidad en un puesto avanzado de combate en el sureste de Bagdad.

diez hombres la miran. Algunos están en camiseta, otros con el pecho al descubierto, casi todos lucen tatuajes. La teniente Tatum, la negra, no se corta y empieza a soltar sus órdenes con una voz entrañable. «Trabajaremos en la fortificación de noche. Y quiero ver a todo el mundo con chaleco antibalas y casco en cuanto salgamos de la casa. Hasta para ir al baño», dice. Este barrio no es el peor sitio de Irak, pero las bombas explotan regularmente.

Cartas en la noche
Llevamos un día en el puesto de combate y la lluvia ha convertido todo en un barrial. Los zapadores están intentando poner luz en la base y hemos aprovechado para hablar con los iraquíes, que se acercan curiosos a ver los trabajos. Los niños iraquíes saludan a los soldados y saltan a su alrededor. Los adultos, sin embargo, en

Se duerme en camastros de loneta, se caga en un bidón y hay que llevar chaleco antibalas hasta la letrina

«Cuando cae un amigo es terrible, y poco importa el motivo», dice Kid

el mejor de los casos ignoran a los norteamericanos y ponen cara de pocos amigos.

En la cena, si es que se puede llamar así a la lata de chili con carne, me pongo a hablar con David, un joven teniente que escribe cartas a su novia, iluminado por una linterna. David quiere casarse a la vuelta, porque sabe que esta es la buena. David quiere entrar en polífcia cuando termine su compromiso con el Ejército para cambiar las cosas. Pero David sobre todo quiere terminar sus quince meses de lucha en los caídos en combate. Engresa ya la lista de los otros bajas, de los casi 700 que han fallecido en accidentes. Pero a sus compañeros pocos les ha importado en qué parte de la lista ha entrado Jason. «Cuando cae un amigo es terrible, y poco importa el motivo», dice Kid.

Lágrimas de soldado

A media mañana todo el mundo echa a correr entre gritos. Uno de los chicos duros de los tatuajes llega a nuestra altura llorando. «Es Jason, es Jason!», grita. Salimos de la base hacia donde

trabaja la teniente Tatum y sus hombres poniendo los cables de la luz. Me acerco a un vehículo con las puertas abiertas. Sobre el asiento trasero un sanitario intenta reanimar desesperado a uno de los soldados que compartió piso con nosotros, Jason Beadles. Pero no hay nada que hacer por él, se ha electrocutado con los cables de la luz. No deja de ser una ironía cruel: en Bagdad sólo hay corriente cuatro o cinco horas al día.

Tatum llora. Kid llora y todos los rudos zapadores se funden en un abrazo por la víctima 3.297 de EE.UU. en Irak. Beadles ha muerto sin la gloria de los caídos en combate. Engresa ya la lista de los otros bajas, de los casi 700 que han fallecido en accidentes. Pero a sus compañeros pocas les ha importado en qué parte de la lista ha entrado Jason. «Cuando cae un amigo es terrible, y poco importa el motivo», dice Kid.

Donde está la acción
El teniente Torres, un inmigrante puertorriqueño de segunda generación al que casi se le ha olvidado hablar castellano, me busca entre los soldados con mirada complaciente. «Vamos a asaltar la casa de uno de los *máfis*. Pero uno muy malo. Lidera un escuadrón de la muerte. Ha mandado matar a un montón de gente. Siquieres ver la acción lo mejor es que vayas con el sargento Barfield que es el que va a liderar la operación en cabezas», dice.

Circular en el vehículo que va al frente de un convoy norteamericano por Bagdad no es la más sensata de las ideas. Si hay una bomba en el camino (y hay muchas) es el que más posibilidades tiene de comérsela. Uno se mete en el coche y aprieta los puños hasta que llega al destino, sufriendo un temblor cada vez que el vehículo coge un bache o algo pegado en los bajos. Pero el sargento Barfield se me aproxima con una mirada a la que no cabe responder con dudas, así que subo a su Humvee.

DAVID BERIAIN | TEXTO
VERA COSMO | FOTO

Nuestro enviado especial acompaña a una unidad norteamericana en una operación de asalto, siguiendo al sargento que lidera el ataque. En medio de confusión se encuentra al supuesto insurgente a menos de tres metros de él, con los soldados a punto de dispararle



La noche se cerró con la captura de un iraquí que supuestamente lideraba un escuadrón de la muerte que había asesinado a decenas de suníes. Un poco de alivio para unos soldados norteamericanos que acababan de perder a uno de sus compañeros hacía apenas unas horas a manos de una bomba

«El enemigo está ahí afuera, esperando para matarnos. Así que no le deis facilidades. Si veis algo sospechoso disparad sin más preguntas», dice el sargento Winnegan

«¡Quieto hijo de puta, como te muevas te mato. Te mato, te juro que te mató!, grita desaforado Barfield

mientras apunta con su fusil a un bulto escondido detrás de una puerta

A excepción del sargento, los otros tres ocupantes del vehículo son unos críos joviales, buenas notas, que dan la sensación de estar viviendo una aventura. Se las conquista fácil con algunas historias sobre los Sanfermines, que algunos confunden y mezclan con la Tomatina.

Barfield es distinto. Ronda los 40, bigote de vaquero. Este es su segundo viaje a Irak y tiene otra mirada. Como si hubiera visto demasiado. Sus palabras, las pocas que suelta, traicionan el cinismo de un soldado veterano. Insulta a sus hombres con el cariño de un padre. En lugar de los refrescos saturados de cafeína que toman los jóvenes para mantenerse despiertos, Barfield toma un vaso de café con tapa que sujetá con las piernas entre su fusil y su pistola de 9 milímetros.

El sargento mueve de un lado a otro el potente foco que lleva el vehículo otorgando las aceras en busca de un cable o algo que délate una trampa explosiva. Cuando llega a un cruce, Barfield abre la ventanilla y saca su pistola apuntando a los coches iraquíes que se acercan, dejando muy claro lo que les puede pasar si no paran a tiempo. El conductor nuerce a la izquierda. «Vamos a recoger a esos retrasados mentales», dice.

Los «retrasados mentales» son los miembros del escuadrón de la muerte que acompaña a esta unidad norteamericana en las operaciones para que se vayan entrenando y para dar una cara iraquí a las operaciones. «Son

tontos del culo. El otro día tuvimos que abortar un asalto porque uno de esos gilipollas se disparó en el pie», confirma el conductor de nuestro vehículo.

«Uno de los nuestros»

Es cerca de mediodía cuando llegamos a nuestro destino. A una manzana de distancia del objetivo, Barfield amarrilla su fusil M-4 para tenerlo listo. «Vamos, pégate a mí culo y no te pierdas», me dice. Y baja del todoterreno.

Los soldados toman posiciones alrededor de una casa. «Soldados americanos entrando!», grita alguien. No hay respuesta. Patada en la puerta y adentro. Yo sigo a Barfield en cabeza del asalto, pegado como una lapa. Aparece un niño. El sargento lo aparta. Grita una mujer. La ponen contra la pared. El niño se echa a llorar. El resto de los hombres toman la planta baja de la casa y Barfield se aventura por las escaleras, solo, con una pistola en una mano y el fusil colgando de la otra. Yo le digo. Una habitación, nada. Otra. Nada. El tejado. «Mierda, mierda, mierda. El hijo de puta que buscamos ha saltado la tapia. Se ha ido a la otra casa», grita.

Y baja las escaleras a toda prisa. Sus hombres le siguen en un fila de uniformes y armas que sale de la casa en estampida hacia la siguiente vivienda. Barfield manda a alguien tirar la puerta de la entrada de una patada. Parece que la vivienda está desocupada. Alguien intenta tirar la puerta que da acceso a la vivienda. No

puede. Rompen el cristal de la ventana para abrirse paso. Y se despliegan.

Casi todos los hombres de Barfield suben a la segunda planta. El sargento y yo nos quedamos abajo. Solos. El otea la oscuridad con tensión. Yo tomo algunas imágenes oscuras, donde solo aparece el hilo de luz de su linterna. Y de repente, «¡Quietó hijo de puta, como te muevas te mato. Té mato, te juro que te mató!», grita desaforado Barfield.

Los soldados toman posiciones alrededor de una casa. «Soldados americanos entrando!», grita alguien. No hay respuesta. Patada en la puerta y adentro. Yo sigo a Barfield en cabeza del asalto, pegado como una lapa. Aparece un niño. El sargento lo aparta. Grita una mujer. La ponen contra la pared. El niño se echa a llorar. El resto de los hombres toman la planta baja de la casa y Barfield se aventura por las escaleras, solo, con una pistola en una mano y el fusil colgando de la otra. Yo le digo. Una habitación, nada. Otra. Nada. El tejado. «Mierda, mierda, mierda. El hijo de puta que buscamos ha saltado la tapia. Se ha ido a la otra casa», grita.

Cuando la acción termina, Barfield se vuelve hacia mí, satisfecho y con una sonrisa de paz ensanchando su boca. «Bueno, ya has tenido tu bautismo, ya eres de los nuestros», me dice. Me invade una mezcla de imágenes.

El niño iraquí llorando, yo asaltando la casa con la potencia ocupante, los gritos, el supuesto insurgente escondido a tres metros de mí. Me quedo rumiando en silencio, perdido en algún lugar entre la camaradería y la vergüenza.

DIARIOS DE GUERRA | DESDE BAGDAD

Entre la camaradería y la vergüenza

Nuestro enviado especial acompaña a una unidad norteamericana en una operación de asalto, siguiendo al sargento que lidera el ataque. En medio de confusión se encuentra al supuesto insurgente a menos de tres metros de él, con los soldados a punto de dispararle

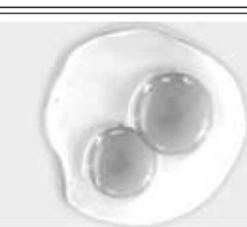
DAVID BERIAIN | TEXTO
VERA COSMO | FOTO

La misión de hoy empieza como todas, con una oración. El sargento Winnegan, un negro baptista del sur duro y serio junto a sus hombres para rezar y lo hace con toda la intensidad de que es capaz. La moral de esta unidad del I-4 de la Caballería norteamericana no está muy alta. Han perdido a uno de sus compañeros hace unas horas reventado por la explosión de una bomba. Se llamaba Aaron Genevieve, no tenía ni 20 años.

Winnegan saca una carta. Se la ha mandado el pastor de la iglesia baptista de Milford, Ohio, a quien no conoce. El religioso ha querido mandar un mensaje de apoyo a las tropas. «Es gracias a vosotros que mi familia y nuestra familia de la iglesia tiene la posibilidad de profesar nuestra fe con libertad. Sé que para vosotros es un sacrificio y por eso os lo agradezco. Nuestro país fue fundado según la palabra de Dios y sin él no podemos tener verdadera libertad», lee. Los soldados los escuchan con la cabeza gacha, en señal de respeto. Winnegan los mira. «Bueno chicos, os digo lo de siempre. Esto es real, no es un juego ni un entrenamiento. El enemigo está ahí afuera, esperando para matarnos. Así que no le deis facilidades. Si veis algo sospechoso, disparad sin más preguntas», dice Kid.

«Dónde está la acción
El teniente Torres, un inmigrante puertorriqueño de segunda generación al que casi se le ha olvidado hablar castellano, me busca entre los soldados con mirada complaciente. «Vamos a asaltar la casa de uno de los *máfis*. Pero uno muy malo. Lidera un escuadrón de la muerte. Ha mandado matar a un montón de gente. Siquieres ver la acción lo mejor es que vayas con el sargento Barfield que es el que va a liderar la operación en cabezas», dice.

Circular en el vehículo que va al frente de un convoy norteamericano por Bagdad no es la más sensata de las ideas. Si hay una bomba en el camino (y hay muchas) es el que más posibilidades tiene de comérsela. Uno se mete en el coche y aprieta los puños hasta que llega al destino, sufriendo un temblor cada vez que el vehículo coge un bache o algo pegado en los bajos. Pero el sargento Barfield se me aproxima con una mirada a la que no cabe responder con dudas, así que subo a su Humvee.



DOBLE PLAN PREVER DE GONZACAR
Hasta 960€ por tu viejo coche

Mientras que el Plan Prever del gobierno te da 480€ por tu viejo coche el Plan Prever de Gonzacar te lo duplica hasta 960€ en la compra de un Ford Fiesta o Ford Fusion. Estás claro no. (Promoción válida hasta fin de mes en unidades en stock)

Información directa:
www.gonzacar.com

Gonzacar CONCESSIONARIO OFICIAL

webgonzacar.es

